

La soledad, si es buscada, es una bendición en estos tiempos de concentración demográfica y achuchamiento generalizado, desde las grandes superficies a los campos de fútbol. Al encuentro de esa soledad partió hacia el norte, sin rumbo fijo, Rick Bass. Dejó su trabajo como geólogo en una petrolera de Misisipi para emprender, tras peinar varios estados (Arizona, Colorado, Utah o Wyoming) una vida solitaria y aislada en un valle «salvaje y mágico» en las montañas Purcell, Montana, en medio de un pastizal bajo la falda del monte Caballo Perdido. De ella da buena cuenta en 'Invierno' (Errata Naturae), una especie de diario que abarca su primer medio año de estancia, de los indicios otoñales al barrunto de la llegada de la primavera. En ese lugar en la frontera con Canadá, lindero con Idaho, lo más parecido al fin del mundo, donde vive «sólo un puñado de gente [...] repartida por los bosques y siguiendo el curso del río Yaak», se estableció con su mujer, que aporta unas delicadas ilustraciones a tinta, y dos sabuesos.

Los lugareños son como ermitaños, amables y solidarios, eso sí, porque «todos hemos tenido nuestros roces con la sociedad, con las multitudes», según sentencia el autor, que llega hasta ese confin atraído por la desolación y reclusión invernales, con la convicción de que aislarse no es encerrarse y la seguridad de que, en contra de lo que prescribe la ansiedad contemporánea, «nadie puede tenerlo todo, da igual dónde se esté». Cuando aún no sabe si va a soportar los rigores de la estación fría apunta una primera impresión: «todo tranquilo y en silencio», que luego corrobora, aun con cerca de medio metro de nieve para Halloween y con días a sesenta bajo cero de sensación térmica, unida a la belleza del paisaje, por ejemplo de un salto de agua que le lleva al espléndido libro de Carver 'Un sendero nuevo a la cascada' con un mirlo acuático que remite al naturalista pionero John Muir, para concluir: «jamás habría soñado que viviría en una tierra dura, lejos de la gente».

Aunque en vez de pasear a menudo por el bosque o leer poesía a la ribera de un arroyo deba estudiarse a fondo el manual de instrucciones de una motosierra alemana o aprender a desmontar y volver a montar un generador,

actividades indispensables para sobrevivir, escribe, casi a diario, con Thoreau y Jim Harrison como guías literarios, una novela, al amorcillo de una estufa alimentada sobre todo con troncos de alerce. Y en su regocijo, en lo profundo de la naturaleza, partiendo leña o simplemente como un hombre solo en el bosque, adquiere y nos transmite el aprendizaje que da la atención, sin ruidos que interfieran, acerca de las liebres blancas, los ciervos mulos, los alces, los pumas o el cárabo que los acompaña en el rancho Fix. Pero, sobre todo, rodeado de «una gran soledad, buena y triste a la vez», nos muestra lo que aprende de sí mismo a partir de la emoción y del asombro en general, particularmente cuando nieva y todo se acalla.

Así como Bass confiesa que se está alejando de la raza humana y que, a fuer de resultar grosero, le gusta, ya que no está «hecho para la ciudad», en 'Las cenizas y las cosas' (Penguin Random House), por el contrario, el mexicano, residente en un «tolerable autoexilio» en Brooklyn, Naief Yehya nos muestra la soledad que puede sentirse hasta en la capital del mundo, por la que calleja atento, a la sombra de los rascacielos, en teoría para documentarse, pese a que a la postre no fuera así, a fin de escribir una crónica pormenorizada de la urbe, sin «encontrar a alguien con quien beber un café en una ciudad de más de ocho millones de habitantes», sin contacto alguno con «intelectuales hispanoparlantes» y sin entenderse siquiera con los inmigrantes mexicanos. Es un sin. Se siente también ajeno a la jungla del mundillo literario en Estados Unidos, comandada por «editores agresivos y agentes violentamente necios» –al 'New Yorker', aun cuando el álter ego protagonista consigue colocar en sus preciadas páginas un relato premonitorio sobre el ataque terrorista ideado por Bin Laden, lo tilda de «revista emblemática del esnobismo literario neoyorkino»– y al mismo tiempo del panorama de su país, en el que se siente fuereño y donde «lo único que cuenta es la promoción y la necesidad».

La novela, compuesta con materiales muy heterogéneos de fondo supongo que autoficticio, desde la experiencia atroz de una adopción ilegal en China al fracaso estrepitoso de un matrimonio, está muy bien armada en cuanto



SOLEDADES

Maneras de estar solo



Panorámica del Valle de Flathead, en Montana (EE UU), cerca de la frontera con Canadá. :: HARVEY LOCKE-AFP

a la trama, que por derroteros esperpénticos y con algo de pastiche del realismo mágico, netamente mexicanos, deriva en tintes surrealistas e incluso kafkianos. Si bien cuando parece encaminarse hacia el delirio, todo lo explica la vuelta de tuerca del desenlace, donde nos damos de bruces con la espantosa soledad, que es la de todos, ante el dolor y la muerte. En lo relativo a la forma, destaca el humor esquinado y la ironía aplicada a sí mismo, en cierto modo compasiva, la exuberancia adjetival y en general de la expresión, y el sonido dulce y bello de los mexicanismos: «San Ismael no parecía un pueblo mugroso ni rascuache». Por lo demás, Yehya no se anda con chiquitas: «La imaginación ñoña del magnate Donald Trump había conquistado la ‘Zeitgeist’; nunca hubiera imaginado, sin embargo, que su mal gusto y su moral rupestre conquistarían más tarde la presidencia y el universo conocido». O sobre los ‘bestsellers’: «Es difícil imaginar mejor antídoto contra la curiosidad intelectual que el virus de los libros de éxito globalizados, mercancía paralela de campañas mediáticas de entretenimiento».

Siendo penosa la soledad del inmigrante que se siente huérfano entre la masa, en modo alguno es comparable a la que sufre una mujer vejada y humillada, sometida a maltrato permanente. Es el caso real, cuando la soledad extrema se llama espanto, de una campesina turca, a la que da voz entre el rebaño, que Katharina Winkler recrea en ‘Cárdeno adorno’ –que yo hubiera traducido como moratón aun cuando la metáfora del título funciona como leitmotif. La protagonista –la mirada gacha, un temor cerval, encerrada en las casas, tratada peor que los animales y obligada a enmudecer hasta sumirse en un punto ciego– recurre al soliloquio y resume su servil estado: «Estoy a merced. A oscuras. Sola». Más adelante define aún con más crudeza su extenuada postración: «Soy un pedazo de mierda».

La joven, frisa los cuarenta, escritora austriaca, un deslumbrante descubrimiento y van... de la editorial Periférica, procedente del ámbito teatral, utiliza para la puesta en escena narrativa de la historia un lirismo rabioso, brutal, descarnado, que se apoya en la elipsis, la metáfora y la traslación semántica y que cuaja en capítulos breves como latigazos. Una demostración de condensación expresiva y ar-



«La mejor soledad que conozco es la que se disfruta en compañía de los libros»

Kaouther Adimi: «Hay que estar solo para perderse y poder verlo todo»

gumental muy estilizada. Se ha relacionado a la novela con la denuncia de la lacra de la violencia de género, si bien a mi juicio va más allá, se interna en el ensañamiento ancestral, atávico, que condena a la mujer a la esclavitud y que la protagonista trata de combatir en la medida de lo posible oponiéndole belleza y cultura, aunque la letra con sangre entre, las únicas armas, exiguas, con las que puede trastornar a sus verdugos: su padre, su marido y su suegra castigadores. Viven en una zona inhóspita y casi despoblada, donde todas las mujeres sobreviven golpeadas, llenas de cardenales; veremos si ya como inmigrantes en Europa, «la tierra de los vaqueros y las deportivas, la tierra del pecado», la pobre corderilla aherrojada por los lobos consigue emanciparse del yugo marital de su esposo cafre.

Pero, volviendo al principio, la soledad puede ser pla-

centera y provechosa; la mejor que conozco, en este sentido, es la que se disfruta en compañía de los libros. Del amor profundo hacia ellos y de su consideración como la verdadera vida versa ‘Nuestras riquezas’ (Libros del Asteroide), obra reconocida con varios premios de mucho prestigio, de la aún más joven argelina Kaouther Adimi, firme promesa de la literatura gala, tres novelas en su haber con apenas treinta primaveras, que escribe como si grabase con esmero un documental, aunando agilidad y gracia para presentarnos una historia evocadora, bellísima, también basada en la realidad.

La acción se sitúa de entrada en el bullicioso y vibrante Argel actual para retroceder a la convulsa década de los treinta y gracias a un presunto diario llevamos hasta los no menos agitados sesenta. Son los apuntamientos sueltos de un hombre que «siempre está en las nubes», a tal punto que con sólo veintiún años, preocupado por su prematura calvicie, abrió allí la mítica librería, con editorial incluida, llamada Las Verdaderas Riquezas como homenaje al espléndido libro homónimo de Jean Giono, una aventura del espíritu más que empresarial –(yo no estoy dotado para los negocios), confiesa, y tanto–, «lugar de encuentros y lectura» frecuentado por ilustres escritores como Jules Roy o Emmanuel Roblès, entre otros: inolvidable la estampa del para mí decisivo Albert Camus con su sempiterno cigarrillo en la boca corrigiendo un manuscrito en el escalón de la puerta.

La librería se acaba de cerrar casi por consunción tras ocho lustros de resistencia entre violentos avatares bélicos, terroristas y políticos de todo tipo y van a vaciarla para convertirla en buñolería.

Mientras nos lleva de su grácil mano narrativa, en segunda persona, por la alcazaba, las terrazas, el dédalo de las callejuelas en pendiente, las plazas, cafés y bistrós, hasta el mar, apela, para apreciar en sus justos términos la belleza de la capital argelina, a la figura del flaneur, del solitario mirón urbano: «Hay que estar solo para perderse y poder verlo todo. Existen ciudades, y esta es una de ellas, en las que cualquier compañía es un obstáculo». Y en verdad, pensamos, cada cual camina por la calle con sus soledades, en el fondo todos somos irredentos paseantes que divagan. Y bien está que así sea mientras se pueda y nos dejen.



INVIERNO
Rick Bass, Errata Naturae, 224 pp., 19,50 €.



LAS CENIZAS Y LAS COSAS
Naïef Yehya, Penguin Random House, 200 pp., 16,90 €.



CÁRDENO ADORNO
Katharina Winkler, Periférica, 256 pp., 18 €.



NUESTRAS RIQUEZAS
Kaouther Adimi, Libros del Asteroide, 192 pp., 18,95 €.